

—¡Métela!... ¡métela!... ¡métete mi música!... ¡métela!

Y paraba el pregón para seguir cantando.

Nunca más en mi vida me dio un ataque de asma, y mi madre, luego de la reacción inicial de llamarla bruja y de amenazar con llamar a la policía si alguna vez me le acercaba, terminó por agradecerle el milagro que había obrado en su hijo, ofrecerle su amistad incondicional, y convertirse en su abogada más feroz dentro de la comunidad de vecinos.

DAYANA GUILLÉN. Habana, Cuba, 1980. Desde el año 2000 ha vivido en varios países; en Panamá, tiene un año. Estudió Relaciones Internacionales, y actualmente trabaja en el Programa de las Naciones Unidas para el Desarrollo. Egresada del Diplomado de Creación Literaria 2010, de la UTP.

Marioneta

POR EDUARDO ESCOBAR

Un séquito de personas, tanto turistas como locales, lo rodeaban. Veían con fascinación su prodigioso y mágico espectáculo. Una vez terminado, los gritos, aplausos y silbidos inundaban la populosa avenida “Los Caminos”. El magnífico Alejandro, considerado como el titiritero más destacado del país, era el principal responsable de dicha algarabía y además, de la amarga desdicha de su rival, el señor Sebastián Jiménez.

El señor Sebastián, uno de los ilustres titiriteros de la época, había perdido un gran protagonismo en la frecuentada avenida. Apenas cinco personas o tal vez tres personas por día, se acercaban a ver su espectáculo. Al terminar, no se escuchaban gritos, ni silbidos de alientos, sólo se percibían el nefasto silencio y el tétrico aullido de la soledad.

Terminada la paupérrima noche, el señor Sebastián guardaba sus amadas marionetas, que-

nes habían sido la principal fuente de alegría en su vida. Cada marioneta tenía un nombre, edad y gustos diferentes. La más vetusta era la Llorona, cuyo pálido rostro y negras lágrimas, dibujaban la pesadez de su quimérica alma; le seguían los tres amigos: Toto, Pepe y Bruno, quienes eran un detective, un albañil y un destacado chef, respectivamente; por último, estaban los gemelos Alexander y Alexandra, de narices redondas, diminutas orejas y cabellos rizados. Alexander solamente contaba con uno de sus ojos, el derecho, esa era la única diferencia con su alma gemela.

De regreso a casa, noté que una gran tristeza lo embriagaba, no logró conciliar el sueño. Entraba una y otra vez al baño, miraba al espejo y le preguntaba en voz alta *¿Acaso he perdido los días de mi vida en esto?, ¿Mi esposa, tenía razón al dejarme?* Sin embargo, nunca escuchó respuesta alguna.

Al día siguiente, decidió ir a visitar a su inseparable amigo de infancia, el señor Carmelo, quien era el Alcalde de la ciudad y un gran fanático de las marionetas. El señor Sebastián nunca viajaba sin una de sus marionetas, ese día decidió llevar consigo a Alexander, ya que era la marioneta preferida del señor Carmelo.

Carmelo, respóndeme con sinceridad ¿Qué tiene Alejandro?

Sebastián No pienses en él.

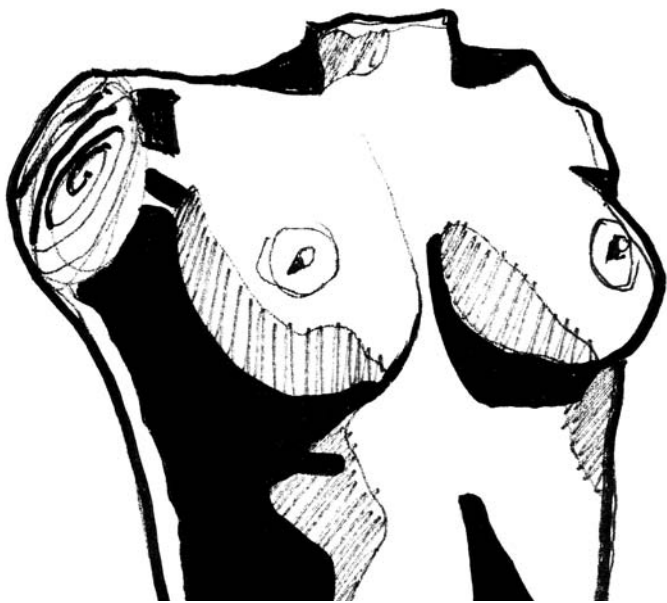
¡Respóndeme, Carmelo! —exigió desesperadamente Sebastián.

Alejandro, es un verdadero especialista, sus marionetas son mágicas, tienen vida, sus rostros son cautivadores y penetrantes. Lo siento, mi querido amigo, pero no eres rival y nadie en este mundo lo es para él.

Las palabras fueron como dardos venenosos que abrieron una nueva cicatriz en la integridad de Sebastián, sus apretados ojos estaban inundados de lágrimas que evitaban resbalar por sus mejillas.

Vamos, Sebastián, no te desanimes, sé que puedes levantarte – intervino Carmelo. Puedes mudarte a otro sitio de la ciudad.

¡Jamás, Carmelo! Gracias por tu sinceridad, me retiro.



Sebastián se te olvida Alexander.
Gracias.

Al retirarse de la posada del Alcalde, el señor Sebastián se dirigió a ver el increíble acto del magnífico Alejandro. Su ira fue incrementando a medida que veía los atónitos rostros del público presente quienes se deslumbraban por la mágica demostración de las marionetas.

De pronto, sus ojos se enfocaron en un niño de apenas cuatro o cinco años de edad, observé una lóbrega sonrisa dibujarse en su rostro.

Al llegar a su casa le expuso la temible idea a sus marionetas:

¿Niños que opinan de este hermoso plan? – Sin embargo, no hubo algún tipo de objeción por parte de las marionetas.

Sí, lo sé, es totalmente brillante.

Al día siguiente como de costumbre, el señor Sebastián se dirigió hacia la avenida, pero por primera vez en años, no llevó consigo a ninguna de sus marionetas. A su regreso, vi que cargaba una enorme bolsa.

Regresé, mis pequeños. Y he traído, un material único que nos lanzará al estrellato nuevamente. Comentó.

Abrió la bolsa, con mucha fascinación, y sacó unos hilos de nylon, una cruceta de acero, y por último, un pequeño niño. Si mi ojo no me miente, era el mismo niño en que había posado su mirada ayer. Los ojos del niño estaban cerrados, no pude discernir si respiraba o no, por lo tanto, no sabía si aún vivía.

Se acercó hacía donde yo estaba y cerró la puerta.

Abrió la puerta al día siguiente y me percaté que en su semblante se esbozaba una grasienta sonrisa que no la veía en años.

Buenos días, mis queridos niños, hoy tengo el placer de presentarle a su nuevo hermanito, *Di Marco* —dijo alegremente el señor Sebastián.

Su nueva marioneta era el niño que había sacado de esa bolsa. Su creación era macabra e irreal. Tomó su maleta llena de títeres como de costumbre y una bolsa grande con cristales incrustados en forma de luna, donde llevaba a *Di Marco* y emprendió su marcha hacia la avenida.

Al llegar a su puesto de trabajo, gritó con gran afán:

¡Vengan y podrán ver la más grande creación del inmortal Sebastián!

¡Acérquense, no tengan miedo!

Observé a varias personas acercarse, algunas tenían rostros curiosos, otras caras largas que esperaban algo excitante e inusual. El señor Sebastián abrió la bolsa y sacó su maravillosa creación.

El público quedó totalmente fascinado por el aspecto tan real de aquella marioneta, sus ojos acuosos, su cabello castaño y brillante, sus dientes blancos y perfectos y su hermosa e inocente voz. Pude escuchar llantos de alegría, risotadas de felicidad e inexplicables halagos.

Han pasado tres semanas desde aquella presentación, por lo que he escuchado, la policía ha estado investigando la desaparición del nieto del Alcalde.

Hoy llegaron a casa para hacerle unas preguntas al señor Sebastián, sobre el caso del niño desaparecido. Yo estuve presente en el interrogatorio, sin embargo, los agentes nunca me preguntaron nada al respecto. Posiblemente yo sea el único testigo de este horrendo crimen, aunque la verdad nunca pude ver, si el niño estaba vivo o muerto, o cómo se convirtió en una marioneta. Además, quien le creería a una marioneta, que sólo tiene un ojo.

EDUARDO ESCOBAR T (Panamá, 1987). Ingeniero Industrial Administrativo, Egresado de la Universidad Católica Santa María la Antigua; Egresado del Diplomado de Creación Literaria de la U.T.P en 2010.